

JULIAN ZUGAZAGOITIA

RUSIA AL DIA



EDITORIAL ESPAÑA

JULIAN ZUGAZAGOITIA

RUSIA AL DIA



EDITORIAL ESPAÑA
MADRID, 1932



Residencia
de Estudiantes

Residencia
de Estudiantes

Residencia
de Estudiantes

AIA JA AIZUR



COPYRIGHT
EDITORIAL ESPAÑA
1932, MADRID



Rivadeneyra (S. A.).—Artes Gráficas.—Paseo de San Vicente, 20.—MADRID

PROLOGO

Seis españoles en Rusia.

A nuestro regreso de Rusia han sido muchas las personas que, al mismo tiempo que solicitaban noticias de aquel país, reconvenían nuestra inocencia: "Claro es que ustedes habrán visto únicamente lo que les hayan querido enseñar." Ciertamente, eso hemos visto: lo que nos han querido enseñar; bien entendido que lo que se nos ha enseñado es cuanto puede apetecer un viajero curioso. La creencia de que media Rusia, o quizás una extensión mayor de ella, permanece enfundada, como uno de esos tiovivos de feria en horas de paralización, es muy general y muy equivocada. Tampoco es exacto que venden los ojos a los viajeros, como se hace en las películas de misterio, cuando se desea que el protagonista no tenga noción del camino por el que se le conduce. Convendrá perder de vista semejante reserva. Desconozco lo que les haya sucedido a otros viajeros, y el lector deberá tener presente que hablo por lo que me ha sucedido a mí, y conmigo a los cinco españoles que completaban la expedición. Hemos tenido, desde el primer momen-

to, abiertas todas las rutas. De Norte a Sur, de Este a Oeste, todos los caminos eran, para los seis españoles, practicables. Si no los hemos andado todos ellos se debe a la falta de tiempo y a la proximidad de los grandes fríos invernales; temor confirmado más tarde por las noticias de los periódicos, de las que no estamos en condiciones de dudar, ya que al abandonar Moscú, los termómetros marcaban 19 grados bajo cero. Mas no es esto solo. No negaré, ello sería pueril, que allá en París, al proyectar el itinerario de nuestro viaje, se cuidaron mucho nuestros amigos rusos de señalar como estaciones de ruta todos los centros industriales en los que de un modo más cabal puede conocerse el esfuerzo del nuevo régimen para dominar, en la fecha prevista, el plan quinquenal. Téngase en cuenta que nuestro viaje tenía como único objeto conocer la nueva Rusia. Y la nueva Rusia es, al presente, eso: una serie de esfuerzos encaminados a lograr la industrialización de la vieja Rusia, amén de otros esfuerzos parejos para matar el analfabetismo y la vieja moral tradicional y burguesa, lo que se manifiesta a través de diversas instituciones de cultura que, cuando más, tienen catorce años de existencia, es decir, son jóvenes. Obligación de nuestros guías era facilitarnos el conocimiento de tales esfuerzos e instituciones, y obligación nuestra, tratar de entrever el pasado ruso, en lo que de él pueda quedar, para tener un punto de referencia y comparación. Tan pronto como formulamos ese deseo se nos acordó el derecho a variar el itinerario. "Nos-

otros—se nos dijo—aconsejamos estas visitas por estimar que son muy características; pero ustedes tienen potestad para cambiarlas; les corresponde la iniciativa, y nosotros no haremos otra cosa que servirles." Y, en efecto, así se hizo. En tanto mis compañeros de viaje, a virtud de una curiosidad profesional, invertían horas y horas en el conocimiento de refineras petrolíferas, yo, en uso de la libertad que me había sido acordada, prefería dedicarlas a discurrir por la calle, entrando y saliendo en cuantos lugares encontraba curiosos o dignos de interés: librerías, cooperativas, escuelas, cocinas públicas... Y he aquí que todo, absolutamente todo, me era mostrado sin ninguna reserva. Tenía, para los casos dudosos, dos palabras mágicas: delegado español. Total: que nos ha sido posible ver cuanto nuestra curiosidad apetecía, sin otra limitación que la derivada del tiempo. Y es que los treinta días de un mes, tiempo exacto de nuestro viaje, son muy pocos días para dedicarlos a la inmensa Rusia. Calcúlese lo que deberán decir en conciencia aquellos viajeros, los más, que sólo han demorado unos días en Moscú y han hecho una visita de cumplido a Leningrado. Y, sin embargo, no son pocos los que se autorizan a creer que han calado hasta la medula la nueva vida rusa. ¡Bobadas! Manías de grandeza que yo no comarto. De aquí que mi postura de escritor ante la cosa rusa sea mucho más modesta que ninguna otra. No estoy en condiciones de dictaminar, y por lo mismo me conformo con apuntar mis observaciones. Respondo de ellas, de su veraci-

dad. En ningún momento he pretendido halagar la pasión comunista de los que, sobre proporcionarnos la ocasión del viaje, cuidaron con todo celo de que lo realizásemos en las mejores condiciones de comodidad. Antes de incurrir en semejante delito para con el lector, hubiera preferido no escribir, ya que no estaba obligado a hacerlo. Esta afirmación de sinceridad puede plantearle al lector, sobre todo al lector que conoce otros libros sobre Rusia, una duda. La de saber cuál de ellos, en el supuesto de que sean contradictorios, dice verdad. Yo, desde luego, sostengo la mía. ¿Quiere esto decir que niegue la ajena? No. Resueltamente, no. Por más de un motivo yo he llegado al convencimiento de que la verdad, como la razón, no se encuentran exclusivamente en una mano. A nadie le ha sido otorgado el monopolio de la verdad. No incurriré en la jactancia de creer que la poseo por entero. Y al afirmarlo no tengo en cuenta aquellos testimonios de viajeros interesados en presentar a Rusia como un país endemoniado, donde los hombres se mueren de hambre y trabajan estimulados por los latigazos de los cómitres comunistas. No me refiero a los libros que se escriben, de sobre lo sé, con ésta o la otra pasión partidista. Me refiero, por el contrario, a testimonios vivos, algunos de los cuales es natural que tengan para mí el valor de cosas exactas, por responder a observaciones verdaderas, directas, de hombres que, al presente, se ganan el pan con el sudor de su rostro. Se trata, lector, de aquellos testimonios que me han sido facilitados por marinos

españoles, quienes en sus viajes de trabajo a Rusia cuentan haber comprobado escenas de dolor. Si no el látigo del cómitre, sí la bayoneta del soldado rojo, coaccionando a los trabajadores en las explotaciones madereras del Norte. Por cuanto que la observación no es mía, yo me abstengo de detallarla aquí. Suficiente es con apuntarla. Insisto, en todo caso, en que quienes nos traían esa referencia, hombres de absoluta buena fe, libres de todo prejuicio, no admitirían que les desmintiesen esa visión. Su verdad, pues, que yo no discuto, está en pugna con la mía. Porque al parecer existe otra es por lo que yo hago hincapié en la sinceridad de las líneas que forman este libro. Largo ha sido nuestro recorrido: Leningrado, Moscú, Khar-kov, Dniepostroy, Rostov, Grozny, Bakú, Tiflis, Batum, Sojum, Tuapsé; amplia la zona de nuestras observaciones, y, con todo, no nos ha sido posible sorprender ni en las fábricas, ni en las obras, ni en los puertos, ni en el campo una escena de violencia. Si hemos visto en función de vigilancia a los soldados rojos; pero su misión, según nos fué dado comprender a los seis viajeros, estaba limitada a vigilar, no el trabajo, sino las zonas que, a juicio del comisario de Defensa nacional, son de alto interés, y en las cuales no está permitido hacer fotografías ni diseños.

No, no hemos visto violencia ninguna. De haberla visto, lo hubiera consignado en las páginas que siguen. Quizá la coacción, para lograr de los obreros el más alto rendimiento, está en el ambiente. Quizá... Pero las referencias a que he hecho alusión hablan

de coacciones visibles, de amenazas efectivas y de castigos físicos. De cosas, en suma, que yo no he tenido ocasión de comprobar. Rusia, repito, es lo bastante grande para que la ambición del viajero no aspire a conocerla por entero. En la parte que me ha sido dado conocerla, he procurado ser fiel a la verdad. Tampoco me sorprendería que nuevos viajeros, viendo de Rusia lo mismo que he visto yo, traigan, pasados unos meses, uno o dos años, impresiones diferentes a las mías. Debe tenerse en cuenta que Rusia marcha a una velocidad fantástica. Está levantando su nivel de vida. Está socializando el campo. Lo está industrializando. A medida que tales objetivos vayan cumpliéndose, la vida en Rusia mostrará al viajero zonas que a nosotros no nos ha sido posible ver porque no existían.

Con estas aclaraciones por delante, es posible que las páginas de este libro tengan, para el lector español, alguna curiosidad. Yo insisto en ofrecérselas como páginas veraces, como notas sinceras de un viajero amigo de los detalles.

CAMINO DE MOSCÚ

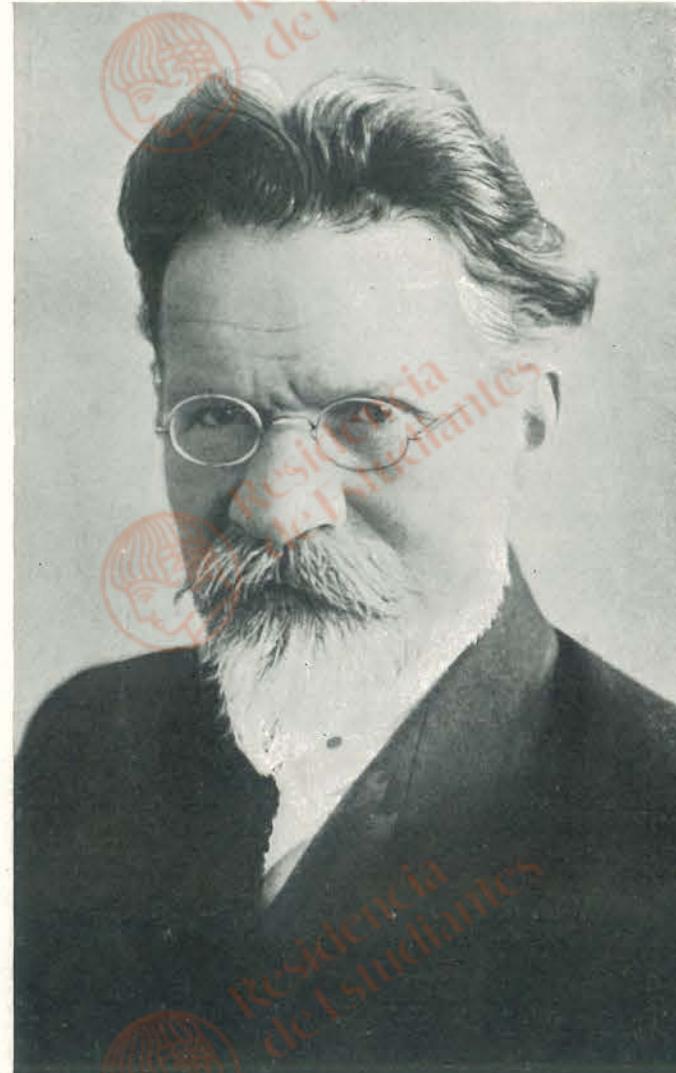
De una manera bien inesperada he realizado el viejo deseo, natural en cuantos están atentos al signo de la época, de aproximarse a Rusia para conocer, de un modo directo, la obra extraordinaria que se está realizando en este inmenso país. Dos son las maneras habituales con que los hombres nos aproximamos a fenómenos como este de Rusia: con una simpatía declarada o, por el contrario, con una antipatía que, para no avergonzarse a sí misma, se llama objetividad. En este último sentido yo no sabría ser objetivo. Es más, me sentiría avergonzado de intentar serlo. Antes que respeto para el lector, me debo respeto a mí mismo, y bueno será declarar, en nombre de ese respeto, que me propongo trasladar a las cuartillas, con la máxima fidelidad, y sin desdén para el detalle y la pequeña anécdota, tan expresivo a las veces, aquello que mis ojos vayan viendo. ¿Qué es lo que hasta el presente han visto mis ojos? No demasiadas cosas, ciertamente; pero téngase en cuenta que es hoy, a las diez y media de la mañana, cuando hemos llegado a Moscú. El programa del viaje es extensísimo, al punto de que no habrá posibilidad de cumplirlo en la fecha prevista,

que es de un mes. Somos viajeros excepcionales, y quieren los patrocinadores de nuestro viaje que saquemos de él una impresión exacta de Rusia. "Prepárense—nos dicen en París, donde establecemos el primer contacto con Rusia—, prepárense a no ver ciudades como ésta. Allí la vida tiene un sentido distinto al de occidente. A cambio de encontrar menor alegría en las ciudades, hallarán un país en marcha, en heroica marcha hacia su total desarrollo económico." Estas consideraciones, que nos son hechas en la Embajada rusa, en la que el embajador nos obsequia con un té, que nos consiente apreciar cómo las armas del zar, la abatida águila bicéfala, continúan en la que fué su Embajada, son las mismas consideraciones que nos serán hechas en Berlín y que, de una y otra manera, nos repiten constantemente cuantos rusos acudan a obsequiarnos. Tanta constancia en la recomendación nos predispone el ánimo para encontrar a Moscú transido por la tristeza. Si Berlín la tiene, como hemos podido notar, no será mucho que participe del mismo ambiente Moscú. Confieso que sólo por eso he ido viendo desfilar el paisaje de Polonia, para poderlo contrastar con el de Rusia. El paisaje de Polonia—todo él campesino—es de una gran monotonía. Tierras, extensas tierras de labor, preparadas para la siembra; bosques de álamos blancos y de pinos; cementerios de guerra, profusos cementerios de guerra; concentraciones, extensas concentraciones de casas de madera, de entre las que sobresalen, orgullosas, las edificaciones religiosas. Polonia, observada desde el tren, facilita una impresión de pobreza

y de belicosidad. La mujer es pequeña, fuerte, acha-parrada, como si sobre ella pesase de una manera particular la obligación del trabajo; el hombre..., el hombre en Polonia es militar. El que no lo es, está a punto de serlo, como ese grupo de muchachos a los que un sargento manda formar en la estación de Wolkowysk para llevárselos al cuartel. Un poco más adelante hemos de tener ocasión de ver adiestrarse en el tiro al blanco a una compañía, a la que un oficial, a galope tendido, lleva, al parecer, noticias urgentes. No ofrezco como definitiva esta visión de Polonia. Es, sí, la Polonia que nos es dado conocer desde la ventanilla del tren, mientras nos acercamos a la frontera rusa, donde abandonaremos, a las cinco de la tarde, el coche que tomamos en Berlín el día anterior a las siete de la noche. Para que la impresión belicosa de este pueblo sea mayor, los ferrovíarios, militarizados, al parecer, cambian entre sí abundantes saludos cuarteleros. Pero los campos, repito, están labrados. Grandes extensiones de tierra por las que ha pasado la reja del arado; tierras dispuestas para recibir el grano o que lo han recibido ya. Llegamos a tiempo para ver a algunos campesinos agarrados a la mancera. El paisaje, por lo demás, debe ser similar al de Rusia. Ya se ve la nieve. Ya se ven las "isbas", popularizadas por la literatura rusa anterior a la revolución. Ya se ven, por estas carreteras embarradas, campesinas, los primeros carros típicos, hechos para caminar campo atravesado... No, no debe ser muy diferente a éste el paisaje campesino de Rusia. En Stolpe perdemos de vista a Polonia.

Minutos después una bandera roja nos avisa que entramos en Rusia. El tren pasa un arco de madera en que Rusia da la bienvenida a los trabajadores. Un soldado rojo solicita nuestros pasaportes. ¿Hemos notado alguna diferencia? Si la hay en el paisaje, lo que nos resistimos a creer, es tarde para verla. Está anocheciendo. No se olvide que al trasponer Polonia hemos perdido dos horas de reloj, y que antes, en Berlín, hubimos de perder otra. Así, pues, son las siete cuando entramos en Niegoreloje. La diferencia del paisaje no la notamos. Si acaso hay en el primer edificio soviético una mayor dignidad; es, por supuesto, de madera; una avanzadilla, alambrada inclusive, de la guardia roja. Más adelante tenemos la primera señal de la actividad rusa: una explotación maderera. Vagones ferroviarios estibados abundantemente, equipos de obreros que, detenida la tarea, se calientan en fogatas... Poco después la estación. El primer edificio público de los Soviets.

Ahora sí, ahora estamos en Rusia. Primer sobresalto de la curiosidad. Los ojos de todos los viajeros—entre ellos un obispo inglés que va a Moscú a hacerse cargo del culto anglicano, al parecer muy respetable por su volumen—son como objetivos fotográficos, dispuestos a llevarse una imagen duradera de cada cosa y escena. Por lo pronto he aquí a los mozos que se hacen cargo de nuestros equipajes. Se caracterizan por un mandil blanco y también porque recusan nuestras propinas. Realizan una función, cobran su trabajo y no están autorizados para recibir propina ninguna. Estamos en un régimen de valores



Kalinin.



Molotov.



establecidos previamente. La oficina del turismo ha enviado desde Moscú, para darnos la bienvenida y para facilitar nuestro viaje, a una de sus empleadas. Una señorita, perdón, señora—es casada—, que se cuida de nuestros equipajes. Es una muchacha judía, inteligente, de mirada triste, vestida a la manera occidental, sin que le falten esos detalles en que se complacen nuestras mujeres: la gargantilla, la pulsera de abalorios y el toque rojo en los labios... Mientras observamos la estación, no ausente de interés, ella ha colocado en cada una de nuestras maletas la indicación del hotel, cuarto, plaza del tren, etc., que nos corresponden. Todo está previsto. Sabemos, en consecuencia, que nos hospedaremos en el Gran Hotel, en el número 402, y el lugar que nos corresponde en el vagón, un coche-cama, que nos ha sido destinado, y que tienen propósito de reservárnoslo para nuestros viajes a través de Rusia. Dos palabras, entretanto, sobre la estación: es amplia y limpia. Tiene el aire de las cosas nuevas, huele a madera. Se advierte que acaba de marcharse el equipo de obreros que la ha construido. Quedan todavía los pintores. Pintores excelentes que están dando los últimos toques a un inmenso mapa de Rusia... Se trata de pintores de andamio, porque la pintura es mural. Arte social. Nuevo arte. Frente a la pared destinada a mostrar la geografía, los pintores han realizado dos escenas de trabajo. Una explotación agrícola colectiva, donde hombres y mujeres aportan a una máquina trilladora grandes brazadas de espigas. Por otro lado, en la pared inmediata, la industria: la construcción

de una gran presa. La actividad febril de los ejecutores del plan quinquenal, retenida por la pintura en su momento culminante. Pintura, claro es, de grandes dimensiones, la única posible en este país comunista, donde el arte, si no tiene asignada una misión social, no sirve para las muchedumbres... Sobre las pinturas, en cuatro idiomas, la invocación final del Manifiesto comunista: "Proletarios de todos los países, ¡uníos!" En el resto de las paredes, no aptas para los pintores, hay colocados diferentes carteles de propaganda comunista. Banderas rojas, de las que tantas hemos de ver, con inscripciones variadas en diferentes idiomas. Bajo una de éstas, pidiendo ayuda para los proletarios perseguidos, hay un cepillo... Un momento: hemos de atender las formalidades de la Aduana rusa. Apertura de maletas y visión superficial de su contenido. Declaración de nuestra riqueza monetaria: pesetas, francos, marcos, cherwonez... La cosa se despacha rápidamente, y nosotros no precisamos de más: el mismo personal se encarga de trasladar nuestro equipaje al coche. Disponemos, pues, del tiempo suficiente para dar un vistazo a otras dependencias. El restaurante, por ejemplo. El restaurante abunda, como la estación, en inscripciones rojas. "Reaccionemos—dice una muy grande—contra las mentiras del capitalismo y socialfascismo sobre el dumping." En el lugar de honor hay una litografía de Stalin y, próximas a ella, de otros militantes caracterizados. Bajo el retrato de uno de ellos hay cruzadas dos pequeñas banderas rojas: se trata de un héroe. El restaurante es confortable y limpio.

Cuatro imponentes palmeras tratan de hacernos la ilusión de climas más bondadosos. No falta la librería, bien provista de periódicos y libros soviéticos. ¿Qué tomar? Pedimos cerveza. No hay cerveza. Todo lo que podemos tomar, por ahora, es agua mineral o té. Yo me decido por el té. Un vaso de té cuesta diez copecks, sesenta céntimos aproximadamente. Sin propina; ya hemos quedado en que aquí no hay propinas; volvemos a la estación. Más carteles; ahora de turismo, recomendando la visita a Leningrado. Todo está, para nosotros, dispuesto. Los equipajes en el vagón, un antiguo vagón de la Compañía Internacional W. L., cuidadosamente conservado. A poco de arrancar el tren nos avisan que la comida está dispuesta. Es menester irse acostumbrando a estas copiosas comidas rusas con que se nos obsequia con frecuencia. No se olvide que somos invitados de la Soiuznef y, en consecuencia, que tenemos un trato de privilegiados. Hasta ahora ni una sola vez nos ha faltado el caviar y el vodka, ni el esturión ahumado... Con el caviar comenzamos en la Embajada de París, y salvo en la comida de Berlín, en el restaurante Horcher, no acabo de perderlo de vista, así como al vodka, que es un aguardiente con sabor a ginebra, con el que se inicia la comida y que nuestros amigos rusos nos recomiendan beber de un solo golpe; la comida en el tren tiene esas mismas características: esturión, caviar, vodka, ensaladillas, el famoso plato ruso bortsch, o sopa de coles, y, en fin, toda una serie de platos que exigen del comensal una buena presencia de ánimo. Eso sí, todo en su punto y bien servido. Sa-

liendo del vodka hay un vino caucásico muy agradable de beber. Y unas frutas magníficas, de exposición. ¿Seremos, pienso, los únicos viajeros que utilizamos el vagón restaurante? Al comienzo parece que sí. Somos nosotros solos los que comemos. Un poco más tarde el segundo departamento se anima, para acabar llenándose. Mujeres, oficiales del ejército rojo, algunos viajeros de aspecto internacional. Durante la comida, los soldados que se hicieron cargo de nuestros pasaportes nos los devuelven. Saludan militarmente. Son unos muchachos altos, a los que la traza de su abrigo militar, extraordinariamente largo, da apariencias de gigantes. Al cinto, inevitablemente, la pistola.

Es noche cerrada y no hay posibilidad de curiosear el paisaje. Inmediatamente de cenar nos refugiamos en la cama. Pensamos amanecer en Moscú y hay en todos nosotros—somos seis los viajeros españoles—un deseo inconsciente de hacer más breve la distancia acudiendo al sueño, que, por su parte, no siempre suele acudir en los viajes a la primera llamada. Y en este caso, no porque la cama no sea, que sí lo es, lo suficientemente cómoda. Cada departamento, creo haberlo dicho, se ha reservado a uno de nosotros. El temor de suciedad que, por ajenas referencias, nos preocupaba, ha desaparecido por completo: los barnices del departamento relumbran, los metales están bruñidos y las camas tienen la blanca apetecible. Acaso la remisión del sueño obedezca exclusivamente a la ansiedad. Desde luego ella es la que, al romper la mañana, nos saca de las sá-

banas y nos conduce a la ventanilla. Paisaje ruso a la vista. Campos cuajados de nieve. Ríos endurecidos por el agua. Bosquecillos. Isbas, isbas, isbas... A medida que el tren se aproxima a Moscú surgen las primeras chimeneas industriales, mostrando, orgullosas, las armas del Estado comunista: la hoz y el martillo. Fábricas en plena producción y fábricas que inician su construcción, en torno a las cuales se ven grandes pabellones de madera, donde se albergan provisionalmente los equipos obreros. Allá donde hay la posibilidad de producir o aprovechar algo, allá se está construyendo una factoría o está en vísperas de ser construida o, en el peor de los casos, está proyectado construirla. Por si nos equivocásemos en nuestro dictamen, nos lo confirma así el guía de la expedición, el camarada Ostrovsky, que sin duda debe complacerse, tanto como en su inteligencia, poco común, en poseer una cabeza que recuerda, inequívocamente, la de Lenin, el pontífice máximo de este país, al que se rinde culto apasionado, y de cuya voluntad toman ejemplo, para no desmayar en su empresa, todos los obreros de choque que están construyendo la nueva Rusia. Desfilan, cinematográficamente, pequeñas estaciones ferroviarias; pueblecitos agrícolas en los que, naturalmente, no faltan las banderas rojas con su correspondiente inscripción. La tiene el Club obrero, la tiene la Cooperativa, la tiene el Sindicato, el Soviet... Las inscripciones llaman a la disciplina del trabajo, recomiendan el heroísmo para continuar en la pelea; acostumbran a ser imperativas, como sugestivos—y por lo mismo certeros—son los



carteles de propaganda. No falta el documento humano sobre el que hacer observaciones: cuadrillas de trabajadores que marchan hacia el trabajo con un tono medio de decoro perfectamente aceptable; mujeres que forman colas a las puertas de las Cooperativas o que esperan en los andenes de las estaciones, bien arropadas hasta la cabeza... ¿En qué piensan durante esas largas esperas? ¿Qué ideas les cruzan por la cabeza? He aquí cuestiones fundamentales que no llegaremos, por duradera que sea nuestra excursión, a saber.

Carecemos para ello de un instrumento indispensable: el idioma. Uno intuye, sin embargo, que son contradictorios los pensamientos que preocupan a esas mujeres proletarias y sospecha que, si unas veces se encomiendan a Lenin, no pocas se encenderán a uno de los innumerables benefactores celestes, que no ha sido tan profunda la acción antirreligiosa que haya podido desarraigar del alma femenina, formada hace muchos siglos, el sentimiento religioso. Y si puede resultar interesante conocer esa intimidad de estas mujeres, calcúlese el interés que cabe atribuir al pensamiento último de estos hombres que ponen sus brazos, sus brazos inteligen-tes, al servicio del plan quinquenal. Sin llegar a esa intimidad, sin capacidad para llegar a ella, no se pue-de pretender escribir cosa de valor sobre Rusia. Atribúyase, pues, a estas páginas un simple mérito anecdótico; no podrán pasar de ser, por mucho que me esfuerce, cosa mayor que un conjunto de impresiones honradas.



Pero, ¡atención!, estamos llegando a Moscú. Ya se ven los arrabales de la capital roja. Pequeñas casas de madera, atendiendo a la baratura de este material y a la tradición del país, de tipo unifamiliar. Andamiajes para puentes en construcción. Edifica-ciones terminadas que todavía no han fraguado la argamasa. Carreteras jóvenes. Se acerca la meta an-helada. Un poco de sol, blando y pálido, intenta colorear las cosas y el paisaje, sin conseguirlo. Desa-parece casi en absoluto la nieve. Pudiera ocurrir que nuestras excesivas previsiones contra el frío y la nieve resultasen innecesarias. Más vale así. La cam-paña promete ser larga: hemos de ir a Leningrado, recorrer su cintura y, por Moscú, donde asistiremos a la conmemoración de la revolución de octubre, ir al Cáucaso, recorrer la zona petrolífera de Bakú y trasladarnos después a Batum, para volver de nuevo a Moscú, centro de operaciones. A este mismo Moscú donde acabamos de llegar y en el que comenzamos a cosechar observaciones.